

Taxi de Buenos Aires

Verónica Bujeiro



AQUELLOS QUE SE NOS HAN ADELANTADO, no en la ruta de la vida, sino en la del viaje, siempre habrán de advertirnos sobre los peligros de tomar un taxi. Ha de sospecharse que los motivos no son pocos, pues eso de ponerse en manos de un desconocido en una ciudad de la que no se sabe más que lo contado en las canciones y los libros, es algo con lo que habrá que tener ciertas cautelas.

Tito Bedoya fue mi primer Virgilio en la ciudad. El primero y el único del que conocí el nombre, pues estaba encargado de recogerme tras mi inminente cambio de aires en el aeropuerto internacional. Con él establecí de inmediato una relación de camaradería y fraternidad latinoamericana, hablando de versiones comparativas de las muchas afrentas que aquejan a nuestra realidad. Fue Tito quien también amablemente accedió a dejarme comprobar, tras la bruma y fatiga del viaje, que había finalmente llegado a mi destino, mostrándome a través de la ilusión de una ventana de automóvil algunos indicios de comprobación como el afamado Obelisco de la tierra Argentina, así como la vida agitada de la avenida Corrientes, aquella que albergaba la famosa casa de citas del tango, pero en la que también se marcaba el punto que convocaba mi visita a la ciudad, pues mi viaje no disfrutaba de un carácter turístico.

“Uno puede ser muy estúpido, pero no tanto como para viajar por placer”, dice Samuel Beckett, y quizás es por ello que durante años busqué un pretexto “profesional” para acudir a Buenos Aires. Pero esa intención mía de disfrazar mis ansias de palpar aquella esencia incierta mentada por cantantes y autores bajo el cariz de una actividad apoyada en mi quehacer me fue negada durante años, hasta que conseguí ser aceptada para participar en un seminario intensivo para dramaturgos llamado Panorama Sur.

Mi intención durante los viajes nunca es la de abordar un taxi, pues además de ser un lujo que no siempre se puede pagar, implica una comodidad que nos impide aventurarnos de lleno en los mitos de una ciudad. Pero existen circunstancias en las que abordarlos se convierten más que en opción en una necesidad. Mi arribo a tierra porteña se dio dentro de una estación que mi cuerpo entiende como verano y no invierno, convirtiéndome así, como tantos otros viajantes me confesaron tardíamente, en la presa fácil de un virus sañoso que ante la fatiga agobiante que me propinaba, no me dejó más elección que arrojarme en los brazos de ese contrato extraño que uno establece con el guía anónimo, aquel que nos conduce hacia parajes realmente desconocidos.

Así que fue por medio de los taxistas que conocí Buenos Aires. Tanto en la comprobación de aquellos

lugares que me revelaban a través de las ventanas, como en las estaciones de radio que escuchaban, evocando el hedor de una nostalgia que acortaba nuestras distancias. “Pasajera en trance, pasajera en tránsito perpetuo. Pasajera en trance, transitando los lugares ciertos” —me cantaría con certeza Charly García, pero “¿Nostalgia de qué? Si nunca había estado ahí” —me dije. Sin embargo era el hedor de un *eso* que intuí en la negrura de las graffas y escuché en los lamentos de las canciones lo que yo creía respirar en mis paseos de tarifa controlada, favorecida quizás por el adusto efecto de los antigripales. Entre los taxistas y yo rara vez surgió una palabra, y si es que se me preguntaba algo, yo me encontraba titubeando, entre el *tú* y el *vos*, con un temor desconocido ante mi propio idioma. “Que no te reconozcan el acento” —me advirtieron varios por el potencial abuso en la tarifa controlada que se piensa para los extranjeros—, pero mi desenmascaramiento dialectal nunca tuvo una consecuencia adversa, salvo la comicidad de aquella escena en la que un taxista me confesó su deseo ferviente de convertirse algún día en un héroe masculino mexicano de la talla del cantante Alejandro Fernández.


Los autores argentinos tiene una habilidad especial por basar una mitología en sus calles, y aunque nunca llegué al 3,4,8 de la avenida Corrientes, ni al pasar por Juncal me bajé a comprobar si en el 12-24 las alfombras no hacían ruido, hubo algo irremediable en transitar la avenida Alcorta y agregarle siempre una “cicatriz”. Pero nuevas direcciones fueron construyendo otras historias, pues las intensas actividades del seminario se imponían a cada hora del día, uniendo al trance del viaje y el padecimiento la confusión que en ocasiones produce la oscuridad de los teatros.

Recuerdo que uno de mis días más aciagos con la enfermedad sucedió el día que tendría que visitar una dirección ubicada en el barrio de Palermo. Thames 1426 no había sido mentada por nadie antes y el mapa ubicaba una lejanía suficiente como para implicar una tarifa bastante alta, pero no tenía otra opción. Era sábado, un día malo para el humor de los taxistas, comprendí después, y mi guía anónimo decidió romper el silencio abundando sobre el horror de una más de las crisis financieras por las que atraviesa Argentina. Mis pocas interlocuciones, en las que expresaba insulsamente que

su caso no era tan grave como el nuestro, sólo alcanzaban a arrancar aún más la furia del señor conductor, pero nuestra tensa situación se vio interrumpida dramáticamente por la oportuna aparición de una falla mecánica. Finalmente, y gracias a otro guía, llegué a mi destino, pero una hora antes de lo indicado, lo que me dio tiempo de corroborar con el viento en la cara y el malestar en el cuerpo aquello de “Sur, paredón y después...” ¿Y después? La función. Pese a mi estado, no quería perderme aquel suceso, pues unos días antes el director de lo que estaba a punto de ver, Ricardo Bartis, había dado una conferencia en la que mencionó que en el teatro “Había que preparar el sistema nervioso para meter los dedos en el enchufe”, y cuánta razón tenía. Aquel día en ese recinto de Thames 1426 entendí que no hay mejor estado para ver ciertas obras que el que se vive en conjunto entre la fiebre del cuerpo y el hervir de los actores. *La máquina idiota*, ubicada en el Panteón de la Chacarita con un grupo de actores muertos que intentan ensayar una representación de Hamlet que acaso logre sacarlos del olvido y el musgo de sus tumbas, cobijó mi febril estado, estableciendo frente a mis ojos aquel

momento mágico entre la vigilia y el sueño. El teatro tiene el poder de desubicarnos, espacial y temporalmente, y dado el tiempo que pasé dentro de ellos siempre me sentí ligeramente bajo el efecto de no haber llegado del todo al destino que indicaba el boleto de avión.

Cuando tuve la fuerza de recuperar mis pasos y abandonar finalmente el uso de los taxis, fue demasiado tarde para avocarme a la investigación de aquellas cosas que quería corroborar con mis propios ojos. El parque Lezama en donde quise sentarme a ver la luz de invierno caer sobre las estatuas, como aquel destello de la novela de Ernesto Sábato, se convirtió en un eco que escuché como referencia de un alguien que tuvo a bien compartir la tarifa fija conmigo.

Pero el tiempo se terminaba y mi Virgilio inicial, el buen Tito Bedoya, fue el encargado de devolverme al transporte que me regresaría no sólo a casa, sino también a la realidad. Antes de abordar su barca, decidí caminar por horas en Buenos Aires con la intención de abandonar todos los mitos que me habían llevado hasta allá y con la esperanza de encontrar mis propias ficciones. Sólo el tiempo me dirá si sabré enunciarlas. 

Fotografías: Verónica Bujeiro

